

De masas y pesos

Estefanía Pérez Bonilla
Estudiante

estefania-perezb@unilibre.edu.co

Fabián, hombre trabajador como un burro, sale de su casa a las 6 de la mañana y empieza su típica rutina; derretir, amasar, hornear, decorar y sumergir, todo tan monótono desde que aprendió este arte, así lo llama él. Siendo un hombre algo corpulento, ha probado y disfrutado de la única bebida que parece calmar su sed, la cerveza. Algo un tanto satírico es que este buen señor detesta el dulce, teniendo en cuenta a lo que se dedica, es entendible e impresionante.

Desde hace algunos años, se le ve una cara pálida, decaída y cansada, pareciera que el casanova de hace 30 años se desdibuja de sus facciones, quedando solo el hombre dedicado a su familia de tres hijos y su mujer – no se puede obviar sus perros, para él son sus bebés-.

Cada día, después de su larga y extenuante jornada laboral, llega y ve a sus hijos - todos mayores, todos mantenidos – dos hombres, al parecer hechos y no tan derechos y su hija, que no se queda atrás. Espera a que llegue su mujer, un reflejo de él mismo, solo que mujer y mucho más delgada. Pareciera un tanto aburrido y



Foto:Freepik.es

depresivo, no es para menos viendo lo acostumbrado y resignado que está.

Un día que al parecer iba como cualquier otro, repentinamente lo devuelven a su casa. No es que ya no necesiten de su ayuda, casi autoesclavizante, tampoco lo echan ni mucho menos, después de todo el jefe, dueño y señor no puede ser echado... ¿o sí? Desconcertado por tan repentino mandato, de quién mas sino de su mujer, se va directo a su casa, algo perdido pues el sol aun está en los cielos y el nunca lo ve cuando vuelve a su morada. Sube las escaleras y escucha las voces de sus hijos, aún más impactado queda, pues normalmente no están presentes en su hogar a tales horas, asumía que estaban en sus andanzas, como casi todos los días. Les pregunta usando sus apodos, Fabián es un hombre de apodos, a cada persona que conoce le ha puesto alguno, como al que alardea de su dinero, a este lo ha nombrado Millón y Medio.

-Pae (abreviatura de Paegito)- el hijo mayor - ¿qué están haciendo acá tan temprano?

-Nada Pa, nos mandaron a todos a las casas, parece que ha pasado algo grave y nos dicen que nos mantengamos acá. Pareciera un tanto asustado, pero igualmente relajado.

- ¿Y sus hermanos? – Bobi, la hija; Cototina, el hijo menor- ¿están en llamada? ¿por qué escucho tantas voces?

-No lo sé, seguramente hablen con sus amigos.

-Ah, bueno – queda un tanto pensativo - Voy a acostarme un rato, Pae.

-Sí, señor – Vuelve a jugar con el aparatejo conectado al televisor.

Yendo a su cuarto, se acuesta y no pasa mucho hasta que lo abraza Morfeo. Despierta unas horas mas tarde, se alista y sale de nuevo a trabajar.

Vuelve, una vez más, con el rabo entre las patas – regañado, parece ser – se acuesta y enciende la radio, mirando al techo siente algo inquietante en el pecho, además de alivio, pues parece que va a tener que descansar, a regañadientes, claro está. La noticia llega: un virus que es casi una gripa – no debe ser tan duro si es como una gripa, pensaba él –. No entendía el alboroto, pero su corazón sensible y temeroso no lo dejaba pasar por alto ese tipo de cosas, su mujer y sus hijos lo pre-

ocupan; tan temeroso es que se devuelve a casa para comprobar que ha cerrado el gas, incluso si le han dicho que sí lo hizo.

Las primeras semanas se encuentra bastante cómodo, ha decidido que es mejor que la familia se refugie en casa y no salga de ahí hasta que lo amerite. Con el fin de evitar la ansiedad que todos empiezan a sentir, compra comida, toda empaquetada en una caja, comida básica para el diario, para el almuerzo casero que le gusta y más si es hecho por su mujer. A petición de sus hijos llenó otra caja, pero con “el mecatico” para sus niños – parece que nunca dejarán de ser niños para él.

Durante algunos de los meses pasados en el encierro, a Fabián y a su familia los ha acompañado este fiel mantra “El aguapanela quita todos los males, y más este”. Tiene su gracia cada vez que llega la tarde, pues siempre pregunta “¿Y el aguapanela?” Según él y su mujer, es una bendición. Lamentablemente, el único mal que esta pócima parece ignorar es el de la ansiedad, su ansiedad.

Después de tantos meses apartado de su costumbre, que tan extraña se le hacía en ese momento, está absolutamente harto. La sensación de picor en las manos lo tiene loco. Ha descansado tanto que es hasta insoportable. Sí, estaba deprimido hace unos meses, ¡pero por dios! Estaba aburrido, tan acostumbrado estaba que este cambio tan abrupto de rutina lo ha dejado casi intratable. Adoptó la usanza de escabullirse a jugar tejo con sus amigos, una acción irresponsable, pero aun es un tanto inocente respecto a lo que pasa.

Bueno, no piensen que el buen Fabián piensa solo en él, su poca productividad

respecto a su trabajo, o el poco contacto que tiene ahora con los demás, ojalá fuera tan solo eso – pensaba él contantemente, preocupado padre de familia - sus hijos solo brillan por sus pantallas, el mayor parece estar más estresado, puede que un síntoma haya sido su decisión de raparse todo el cabello y pasados los meses dejarse una melena envidiable, negra y lisa, a pesar de todo lo lleva bien, uno de sus mecanismos es el ejercicio. El menor se ve decaído, algo le sucede a ese social muchacho, además de su constante preocupación por estudiar; su hija se ve cada vez más débil más pálida, no se levanta de la cama, no come y parece que solo escucha voces desde algún aparato, sin responder, además de leer incansablemente, esta niña – no tan niña, pero siempre niña – lee tanto, con tanto esmero y descuido que incluso olvida comer. Todos, siempre, encapsulados en la penumbra de sus cuartos.

Por otro lado, su mujer, Irene, la manda más del hogar. Cuando Fabián parece ser el noble y calmado, Irene es la que regaña y ordena a diestra y siniestra. Ella parece estar alterada y ansiosa, agradece el descanso que supuso el alejarse del trabajo, pero le preocupa el futuro de sus retoños – no tan retoños – pues el dinero no escasea, pero tampoco es infinito. Una noche, Fabián e Irene tienen una conversación de lo más significativa.

Llega Fabián de una de sus escapadas a la cancha, encontrándose con Irene en la habitación.

-¡Cariño! – reacciona impactado – ¿qué hace despierta?
-Estaba pensando...
-Parece que el no tener nada más que hacer nos hace pensar demasiado y amargarnos más.
-Sí, bueno... es que estoy preocupada, la pastelería ha estado cerrada desde hace semanas y los niños no salen de sus cuartos. Además, si no entra plata ¿cómo vamos a seguir empleando gente? No sé que hacer con los empleados...
-También estoy preocupado, he descansado tanto que estoy cansado de estar en la casa.
-Sí, pero al menos usted sale – responde, reclamándole por sus chocoaventuras.
- ¡Ay, negra! No se ponga con esas, yo estoy acostumbrado a trabajar como una mula desde que soy niño, que pase esto me frustra.
-Yo también estoy cansada, pero no pienso simplemente en mí, el virus ese está matando a la gente, puede matarlo a usted y al resto si no somos precavidos.
-No moleste, vamos más bien a dormir, responde Fabián con tono cansino, pero por dentro sintiendo los resquicios de la culpa.

Con la última conversación olvidada – suprimida para apaciguar su culpa – Fabián continua con sus aventuras, reuniéndose con sus amigos dos veces por semana para saciar su sed – ya sabemos qué es lo que toma para ello – apostando con Millón y Medio, Lápiz, Rostro de palo y Bobiguí. Sus constantes salidas parecían cansarlo, fatigado cada vez más, decidió quedarse en casa, pero parecía que solo empeoraba. Irene le llevaba comida y su infaltable aguapanela, sus hijos le hablaban; sin embargo, no atendía a nada. Poco después – lo que en realidad fueron semanas - el otro lado de la cama se hundió con la figura más delicada de Irene, parecía bastante pálida, pero en medio de sus delirios no reconocía qué le pasaba.

Tan aturdido por todo solo cerró los ojos y no quedó más que el oscuro porvenir del crepúsculo que encierran sus luceros. ■